

Castilla, formó en batalla, se observaron algun tiempo, y un incidente hizo que se empeñara un vivo combate, retirándose despues unos y otros. La guarnicion de Badajoz constaba de cuatro mil infantes y mil caballos. Además del duque de San German, se encontraban allí don Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna, que mandaba la caballería, don Gaspar de la Cueva, hermano del duque de Alburquerque, general de la artillería; era maestre del campo general don Diego Caballero de Illescas, y gobernaba la plaza el marqués de Lanzarote, don Diego Paniagua y Zúñiga. Comenzaron los portugueses por atacar el fuerte de San Cristóbal, como en el año anterior, y á los pocos días resolvieron dar el asalto, que el marqués de Lanzarote rechazó con brio, tanto, que acobardado Vasconcellos no quiso renovar el asalto del fuerte, y prefirió atacar la ciudad.

Supo Vasconcellos que en la corte se censuraba su conducta y se trataba de su reemplazo si no daba un resultado pronto. Apresuróse entonces á proponer á la reina el ataque de la plaza por la parte de Castilla pasando el Guadiana; la reina le respondió que lo ejecutase sin dilacion, y en su virtud pasó el portugués el rio (15 de julio), plantó una batería en el monte de Viento, y repartió á los regimientos las escalas para el asalto del fuerte San Miguel, que despues de una vigorosa resistencia tuvo que capitular, bien que con mucha pérdida de los portugueses. Tomado el San Miguel, acercáronse estos al cuerpo principal de la plaza y levantaron una segunda línea de circunvalacion. Los de la plaza hacían salidas desesperadas, en las cuales se batían portugueses y castellanos con la rabia que pudieran hacerlo los mas implacables enemigos.

Cuando se supo en Madrid el aprieto en que Badajoz se hallaba, levantóse un clamor general producido por la indignacion y vergüenza, y todo el mundo pedía armas para ir contra Portugal y llevarlo todo á sangre y fuego. El rey y los consejos, no pudiendo concebir que los portugueses solos tuviesen tanta osadía, creían ver en ello la mano oculta de la Francia y de la Inglaterra. El monarca estaba abatido, los ministros inquietos y sin recursos. A propuesta de estos se celebró un gran consejo para ver el medio de librar á Badajoz, porque tomada esta plaza les quedaba á los portugueses abierto el camino hasta el centro de Castilla. El duque de Medina de las Torres propuso que fuera el rey en persona y llevara consigo toda la nobleza, que de seguro tomara las armas con entusiasmo para salvar la patria. Pero opúsose á este pensamiento salvador el favorito don Luis de Haro, temeroso de que le aconteciera lo que al conde-duque de Olivares cuando la jornada del rey á Cataluña; que las circunstancias eran muy parecidas, porque á este le aborrecía ya la reina doña Mariana de Austria, como aborrecía á aquel la reina doña Isabel de Borbon, y era peligroso para él que la reina quedara ahora, como quedó entonces, gobernando el reino. Temía tambien poco menos, si no tanto, ir él á ponerse al frente del ejército, ya porque no entendía en materias de guerra ni servía para ello, ya principalmente porque recelaba que algun otro cortesano se prevaliera de su ausencia para plantarle en la confianza y en el favor del rey. Pero en la alternativa en que se le puso de haber de ir uno de los dos, prefirió hacer de la necesidad virtud, y aparentando obrar por celo patriótico, representó á Felipe que no era justo ni prudente que su sagrada persona se expusiera á las fatigas y riesgos de la guerra, y que así estaba dispuesto á ponerse él mismo al frente del ejército, porque no había sacrificio costoso para un súbdito cuando se trataba del servicio de su rey. Oyó Felipe con agrado las palabras del artificioso ministro, y le contestó tiernamente: «Anda, pues, y no temas, que yo cuidaré de tu fortuna, y puedes ir seguro de que nadie ocupará en mi corazón el lugar que ocupas tú (1).»

Juntó pues el de Haro apresuradamente hasta ocho mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, pero gente casi toda allegadiza, sin disciplina ni instruccion, y con ella partió para Mérida, donde el duque de San German había de con-

(1) Relacion de los sucesos de la corte en estos años: MS. de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

currir con toda la caballería, como lo ejecutó, aun que perdiendo mucha gente de fatiga y de enfermedades por el excesivo calor de aquel país y aquella estacion. Los portugueses dieron dos ataques á la plaza, y en ambos salieron escarmentados. El ejército sitiador había padecido ya y seguía padeciendo mucho: las enfermedades y los combates le tenían mermao en una tercera parte; los oficiales renegaban de tan largo sitio y murmuraban altamente de Vasconcellos; este menospreciaba sus clamores, y fatigaba con continuos é inútiles ejercicios las tropas para entretenerlas: el disgusto ocasionó discordias entre los generales, y por último el que acababa de ser nombrado por la reina para el mando de la artillería, Jacobo Magallanes, hizo presente á Vasconcellos con enérgicas razones los inconvenientes, las consecuencias y los males de prolongar un sitio que el cansancio de las tropas, el contagio de la peste y las defunciones de tantos buenos oficiales hacían fuera mirado por todos como una funesta temeridad. Reunió Vasconcellos el consejo de generales, y hallando en él un espíritu contrario á su pensamiento: «*La reina, dijo, me ha permitido poner este sitio para no levantarle, y yo no puedo hacerlo sin exponerme á perder la cabeza. — Pues exponedla por la salud de la patria,*» le respondió don Luis de Meneses.—*La sacrificaré,* repuso Vasconcellos, *para que la fortuna se avergüence de la traicion que hace á mi valor.*» Y mandó levantar el campo, y repasó el ejército el Guadiana, y se retiró con mucho orden y tranquilidad á Elvas, desde donde se distribuyeron las tropas, que apenas llegaban ya á once mil hombres, por las plazas vecinas (2).

Don Luis de Haro no supo aquella retirada hasta que ya estaba el ejército portugués en seguridad. Entonces aceleró su marcha, y entró con mucha jactancia en Badajoz, donde no faltaron aduladores que le saludaran con el título de Libertador, y que le llamaran el restaurador de la monarquía española. Acaso él lo creyó, y se atribuyó un triunfo que fué obra de la buena defensa de la plaza, y de los padecimientos de los sitiadores.

Alentado con esto el ministro de Felipe IV se atrevió á penetrar á su vez en Portugal y á poner sitio á la plaza de Elvas, contra el dictamen del duque de San German. Pasó pues el de Haro la frontera con catorce mil infantes y cinco mil caballos, y se apoderó de algunos castillos de las inmediaciones de la ciudad. Cuando Vasconcellos preparaba los medios de defensa, fué sorprendido con una orden de la corte de Lisboa relevándole del mando del ejército por haber levantado el sitio de Badajoz sin consentimiento de la reina. Esta vez doña Luisa de Guzman se dejó arrebatar de su viveza, é hizo injustamente víctima de su disgusto á Vasconcellos haciéndole prender y formar causa por una determinacion á que precisamente él solo se había opuesto. En su lugar fué nombrado Andrés de Albuquerque, hombre tambien de probado valor y conocimientos en el arte de la guerra. Albuquerque salió de la plaza, llevando de ella todos los enfermos, heridos y gente inútil, y dejando por gobernador á Sancho Manuel, pasó por entre mil peligros á Estremoz para ver de organizar el ejército que hubiera de socorrerla. Pero competencias suscitadas entre el general y las autoridades de la provincia obligaron á la reina á conferir el mando superior al conde de Castañeda, el cual encomendó á Albuquerque la ejecucion del proyecto de atacar las líneas de los españoles. Pero Albuquerque, no pudiendo reunir sino escasos tres mil hombres en miserable estado, lo espuso así á su gobierno, cuyo primer pensamiento fué que la reina misma marchase al teatro de la guerra para alentar á los portugueses. Desistióse luego de ello por altas consideraciones, y en su lugar se dieron órdenes para que todas las tropas de las demás provincias pasasen á Estremoz.

De este modo pudo el de Castañeda ir reuniendo con trabajo hasta diez mil quinientos hombres, con los cuales se puso en movimiento desde Estremoz (11 de enero, 1659). Entre tanto el ejército castellano se había atrincherado á su gusto delante de Elvas. El gobernador de la plaza Sancho Manuel, y toda la guarnicion, compuesta solo de unos mil hombres, se

(2) Laclede: Historia general de Portugal, tom. IX.

defendían maravillosamente, y habían prometido y pensado sepultarse bajo sus ruinas antes que rendirse á los castellanos. No esperaban estos verse atacados por los portugueses, y cuando los vieron venir se discutíó sobre si se habría de salir de las líneas á darles la batalla, ó convendría mas esperarlos en el campo atrincherado. Este último partido fué el que se adoptó. Al amanecer del 14 de enero formaron los portugueses en batalla, y el conde de Castañeda les arengó diciendo: «Soldados, yo he tomado el mando que me ha confiado nuestra reina, para sacrificarme por la patria en una edad en que debería ya descansar. Sirvámosla, pues, y salvemos á Elvas del furor de los castellanos, ó perezcamos hoy combatiendo generosamente. Me prometo la victoria, porque os veo á todos ansiosos de venir á las manos con ellos. Ya sé que el número no os acobarda, porque muchas veces los habeis vencido siendo mas que nosotros. Su general no tiene conocimiento del arte de la guerra. Criado en la corte y acostumbrado á una vida deliciosa, apenas llegue á sus oídos el estruendo de nuestras armas, huirá vergonzosamente y hará perder el ánimo á sus soldados. Los habitantes de Elvas os colmarán de alabanzas, todo el reino os aplaudirá, y el mundo verá que los portugueses son invencibles cuando pelean por la gloria y por la salud de la patria.»

Y se cumplió lo que parecía arrogancia portuguesa. Luego que se vió venir el ejército lusitano formado en batalla, nuestros generales montaron á caballo y los regimientos se distribuyeron en sus puestos, pero no sin confusion y espanto, y don Luis de Haro mas aturdido que nadie, se retiró al fuerte de Gracia, desde el cual podía ver el combate sin riesgo de su persona. El duque de San German, el de Osuna, el maestre de campo Moxicia y otros dignos generales cumplieron bien su deber y se batieron con arrojo. Pero estaba todo tan mal dispuesto, que ocupando el grueso de la infantería el costado izquierdo, en el derecho que fué el que acometieron los portugueses apenas hallaron estos resistencia, y cogiendo luego á los castellanos entre dos fuegos, diezmaron y desordenaron nuestras filas. El mismo don Luis de Haro, el general criado en las delicias de la corte, como había dicho el conde de Castañeda, al ver aquella confusion montó á caballo, y huyendo ignominiosamente no paró hasta Badajoz, abandonando hasta los papeles del ministerio. El duque de San German fué herido de un mosquetazo en la cabeza defendiendo su puesto, del cual hubo que retirarle. En cambio el portugués Andrés de Albuquerque cayó muerto del caballo, y su cadáver fué llevado á Elvas. El duque de Osuna y Moxicia sostuvieron por mas de siete horas la pelea. Al fin los portugueses vencieron en todos los puntos. El ejército castellano se retiró por la noche á Badajoz, dejando la artillería, tiendas y bagajes. Al amanecer los persiguió con la caballería el gobernador Sancho Manuel, haciendo no pocos prisioneros. Entre estos y los muertos y heridos perdimos en esta desgraciada batalla mas de cuatro mil hombres (1).

Mientras el conde de Castañeda hacia su entrada triunfante en Elvas, y asistía al solemne *Te-Deum* que en la iglesia mayor se cantaba en accion de gracias al Todopoderoso por la señalada victoria que había concedido á los portugueses, don Luis de Haro escribía al rey desde Badajoz diciéndole simplemente que se había visto en la precision de retirarse. Las cartas de los oficiales descubrieron á la corte toda la verdad de tan funesto contratiempo, y no faltaron cortesanos que intentaron con esta ocasion hacer perder al favorito la gracia del rey. Pero Felipe con admirable longanimidad ordenó al de Haro que viniese á la corte, le recibió con benevolencia, le consoló de la desgracia, y continuó dispensándole como antes su favor y su afecto.

Con alguna mas fortuna se había hecho la guerra de Portugal por la frontera de Galicia. Allí el marqués de Viana que mandaba un pequeño ejército, que apenas llegaría á cinco mil hombres, había pasado el Miño entrando en territorio portugués, y levantó fuertes y estableció cuarteles en la provincia de Entre-Duero y Miño. Por dos veces le acometió el conde de

(1) Laclede: Hist. general de Portugal.—Faria y Sousa: Epít. de Historias portug.—Soto y Aguilar: Epítome de los sucesos, etc.

Castel Melhor con fuerzas no superiores á las de Viana, y en la última refriega llevaron lo peor los portugueses (setiembre de 1658), teniendo que retirarse á las montañas de Coura y fortificar sus avenidas. El fuerte de Lampella vino á poder del general español, que animado con estos sucesos puso sitio á la plaza de Mourao, sobre el Miño. El gobernador vizconde de Villanova la defendió tan bravamente, que costó á los españoles combatir muchos días para poder rendirla.

A la rendicion de Mourao siguió la de Salvatierra. Esta plaza y el fuerte de Portella fueron las últimas conquistas que hizo por entonces el marqués de Viana. En Beyra y Trassos-Montes se redujo la campaña por una y otra parte á incursiones recíprocas y á combates parciales, reñidos sí, pero sin accidentes de importancia ni resultados que puedan ni merezcan mencionarse en la historia. Las cosas se hallaban respecto á Portugal en peor estado que diez y nueve años antes cuando se hizo la revolucion. Esto no impidió para que en Madrid se hiciera el alarde ridiculo de restablecer el Consejo de Portugal, como si todavía estuviéramos dominando aquel reino.

## CAPITULO XVI

## Paz de los Pirineos

DE 1659 Á 1660

Deseo general de la paz.—Tentativas que antes se habían hecho para ajustarla.—Causas por qué se frustraron.—Renúevanse las negociaciones.—Dificultades sobre el matrimonio de Luis XIV con la infanta de España.—Astucia de Mazarino para excitar los celos de Felipe IV.—Fíjanse los preliminares de la paz.—Conferencias en el Bidasoa.—La isla de los Faisanes.—Capítulos de la Paz de los Pirineos.—Condiciones humillantes para España.—Matrimonio del rey Luis XIV de Francia con la infanta María Teresa de Austria, hija de Felipe IV.—Muerte del cardenal Mazarino.—Revolucion en Inglaterra.—Restablecimiento de la monarquía.—Carlos II.—Relaciones entre el rey Católico y el nuevo monarca británico.—Su influencia en los acontecimientos sucesivos de España.

Motivos sobaban á Francia y á España para estar fatigadas de guerra y desear ardientemente la paz. Hombres y tesoros, sangre y dinero, todo se había consumido, todo se había ido agotando; los pueblos estaban sin aliento y sin vida; seco el corazón de ambas naciones, no les quedaba sino el movimiento convulsivo de un cuerpo galvanizado. Años hacia que se habían tentado algunos tratos de paz (1648), pero condiciones exageradas por parte de la Francia la habían hecho inaceptable al gobierno español. Renováronse ocho años mas adelante las negociaciones (1656), y otra vez las impidieron llegar á buen término condiciones inadmisibles que la Francia exigía. Si antes tuvo la pretension de que se le cediera Flandes, el Rosellon y el Franco-Condado, ahora aspiraba entre otras cosas á que se diera en matrimonio al joven rey Luis XIV la infanta doña María Teresa de España, heredera entonces de la corona de Castilla. Si lo primero era irritante y no podía sufrirlo el honor nacional, lo segundo habría traído con el tiempo la union de las dos coronas de España y Francia en la cabeza de un príncipe francés, cosa que ni España podía consentir, ni la Europa hubiera podido tolerar. Tenía además Felipe IV el pensamiento de casar su hija con el archiduque Leopoldo de Austria, despues emperador, y tal vez pasó por su cabeza la idea de reconstituir la herencia colossal de Carlos V haciendo un Estado de España y del imperio, que de nuevo estrechó con lazos de familia su segundo matrimonio con doña Mariana de Austria. De todos modos no podía Felipe avenirse á tales condiciones, y quedaron sin efecto aquellos tratos, y la guerra se prolongó.

Pero habiendo tenido luego el rey Católico un hijo varon, el príncipe don Felipe Próspero (28 de noviembre, 1657), fruto de su segundo enlace, desaparecía el inconveniente de unirse las coronas de los dos reinos en una misma persona, y en 1658 volvieron á anudarse las negociaciones de paz. España tenía gravísimas razones para desearla. Destituida del auxilio del imperio por el tratado de amistad celebrado entre Francia y Alemania, aliadas además la Francia y la Inglaterra

y unidas para la destrucción de España, con dos guerras abiertas de muchos años en los dos confines de la Península, Cataluña y Portugal, con tantos descalabros como había sufrido, no le era posible sostener sola los Estados de Italia y de Flandes. La Francia, aunque mas pujante entonces, veía su tesoro agotado; Holanda y los príncipes alemanes miraban ya su engrandecimiento con recelo, como habían mirado en otro tiempo el de España, y la muerte del protector Cromwel variaba su posición para con la Inglaterra. Estaba pues en su interés aprovechar su ventajosa situación para sacar mejor partido de la paz, antes que aquella le fuese desfavorable. «¡Ojalá, dice con razón un historiador, hubiera obrado antes con la misma previsión la España!»

El astuto Mazarino para dar celos á Felipe IV y avivarle respecto al matrimonio de su hija, útil todavía á la Francia, bien que no tanto como antes, fingió fomentar el proyecto del matrimonio de Luis XIV con la princesa Margarita de Saboya, cosa que deseaba ardientemente la duquesa su madre, á cuyo fin partió el joven monarca francés á Lyon, con orden á la duquesa de que se presentase con las princesas sus hijas en aquella ciudad. Inmediatamente despachó el rey de España á don Antonio Pimentel con instrucciones para negociar el matrimonio de la infanta, ofreciéndoles tales condiciones que se prometía fueran aceptadas. Conoció la de Saboya que se la estaba haciendo instrumento de otros planes, y se volvió á Turin indignada contra el cardenal y sus artificios. El Pimentel acompañó á Luis XIV en su regreso á Paris, donde tuvo algunas conferencias con Mazarino y el marqués de Lionne, que había estado antes en Madrid para tratar del mismo objeto, en que se fijaron ciertos preliminares para la paz, conviniendo en una tregua (8 de mayo, 1659), hasta que los ministros de Francia y España arreglaran los capítulos y dieran al tratado la última mano, lo cual se había de verificar en la frontera de ambos reinos. Acababa de llegar de Extremadura á Madrid el favorito don Luis de Haro, ya marqués del Carpio por herencia de su padre, y conde-duque de Olivares por la de su tío, resaltando así mas la especie de vinculación de aquella familia en la privanza de Felipe IV. Y aunque el de Haro volvía con tan poca honra por su miserable y fatal conducta en el sitio de Elvas, no dejó por eso de nombrarle el rey su plenipotenciario para las conferencias de la paz. Error grave de Felipe, sobre otros á que la privanza de este ministro le había conducido; que no era el de Haro para medir sus talentos en negocio tan grave con la capacidad y la astucia de Mazarino.

Señalóse para celebrar las pláticas la isla llamada de los Faisanes, pequeña isleta que forman dos ramales del Bidasoa en la raya de los dos reinos á un cuarto de legua de Irun, y que se suponía pertenecer á las dos coronas. Construyóse allí una tienda, de tal modo que la mitad correspondiese á España, la mitad á Francia, y á la cual entraba cada ministro por su puerta. Acudieron pues al lugar señalado los dos ministros (1). Tuviéronse veinticuatro conferencias en cerca de tres meses (de 28 de agosto á 17 de noviembre, 1659). De ellas salieron los célebres artículos, que fueron no menos que 124, de la paz llamada de los Pirineos, tan famosa en la historia de España.

(1) El cardenal salió de Paris el 24 de junio (1659), y se presentó con gran cortejo y boato. Acompañábanle el español Pimentel, el duque de Crequi, los mariscales de Villeroi, de Cherembaut y de la Meylleraie, el comendador de Souvré, el marqués de Lionne, ministro de Estado, y muchos otros personajes. Llevaba un magnífico tren, porque además de ciento cincuenta personas de librea y otras tantas de servicio, y de su guardia compuesta de cien caballos y trescientos infantes, iban veinticuatro mulos con ricos jaeces bordados de seda, ocho carruajes de á seis caballos para su equipaje, siete carrozas para su persona, y multitud de caballos de mano.

También don Luis de Haro se presentó con grande y lucido acompañamiento de grandes de España, caballeros del Toison, y otros señores de calidad, guardia de á pie y de á caballo, carrozas y literas con caballos y mulas ricamente enjaezadas.—Historia de la Paz de 1659: Colonia, 1665: un vol. en 8.<sup>o</sup>

En la misma obra se describen los cumplimientos, cortesías, ceremonias y formalidades, que se observaron entre los representantes de ambos reinos antes de comenzarse las conferencias.

Excusado es decir, porque esto acontece siempre en tales negocios, que antes de convenirse ocurrieron graves dificultades entre los negociadores. Una de las que mas les dieron que hacer fué la relativa á la suerte que había de fijarse al príncipe de Condé, aquel príncipe francés á quien Mazarino profesaba un odio particular por haber abandonado su partido y el de su monarca, y púestose al servicio del español, y á quien por lo mismo Felipe se empeñaba en proteger como en remuneración de los grandes servicios que en Flandes había hecho. Dejando indecisa esta cuestión y aplazándola para mas adelante, se pasó á la del matrimonio del rey de Francia con la infanta de España, y conviniendo en ello, fué enviado á Madrid el duque de Grammont á pedir solemnemente al rey don Felipe la mano de su hija para el monarca francés (2).

Quedó pues estipulado que el rey Luis XIV casaría con la infanta doña María Teresa, hija primogénita del rey de España Felipe IV, habiendo esta de renunciar á la sucesión de la monarquía española, mediante la promesa de darle en dote quinientos mil escudos. Veremos adelante los grandes sucesos á que dieron lugar las interpretaciones de esta condición.

Continuaban las conferencias sobre los diferentes puntos que había de abrazar el tratado, y hasta la décimatercia que se celebró el 19 de setiembre no se decidió el ruidoso asunto del príncipe de Condé, en que despues de tantas contestaciones, proposiciones y respuestas, ofertas y repulsas, mañosidades y artificios, convino el cardenal en reponer á Condé en su gobierno de Borgoña, y al duque de Enghien su hijo en el cargo de Gran Maestre de la casa del rey, cediendo España las plazas de Avesnes, Philippeville y Marienburg en Flandes, y otras que acomodaban á la Francia.

No haremos nosotros una relación circunstanciada de lo que se trató y pasó en cada una de las conferencias (3), y vengamos ya á los artículos principales que se ajustaron en este célebre tratado, que de los principales podemos hacer mención solamente.

España cedió á Francia los condados de Rosellon y Conflans, fijándose la cima de los Pirineos por limite divisorio de las dos naciones.—Cediósele igualmente todo el Artois, á excepción de Saint-Omer y Ayre con sus dependencias: en Flandes, las ciudades de Gravelines, Bourbourg, Saint Venant y los fuertes de la Esclusa: en el Henao, las de Landrecy y Quesnoy: en el Luxemburgo, las de Thionville, Montmedy, Damvillers, Ivoy, Marienburg, Philippeville y Avesnes: dejando además Rocroy, Chatelet y Limechamp, conquistadas por los franceses en la última guerra, y Dunkerque, que tenía ya cedida á los ingleses.—En cambio Francia nos devolvía el Charolais y las plazas de Borgoña: en Flandes nos quedaban Oudenarde, Dixmude, y las demás no comprendidas en la cesión: en Italia Mortara y Valencia del Pó: quedaba para nosotros Cataluña.—Al príncipe de Condé, por mas esfuerzos que hizo en su favor el de Haro, como ya hemos dicho, no permitió Mazarino, su enemigo mortal, sacar otro partido que la cesión que le hizo España de algunas plazas en los Países Bajos.—Al de Lorena se le restituyó la libertad, pero se le obligó á demoler sus fortalezas y á ceder una buena parte de sus estados á la

(2) Es curioso lo que pasó en Madrid en la venida del de Grammont. Su entrada en la corte fué de una manera singular. Venía como un correo de gabinete, precedido de un maestro de postas, ocho postillones y cuarenta caballos, que el rey le envió á Alcobendas, á los cuales seguían sesenta gentiles-hombres, en caballos españoles soberbiamente enjaezados. Desde la puerta de Fuencarral hasta palacio fueron todos como corriendo la posta, pero en el mejor orden. Semejante espectáculo llamó la atención de las gentes, que presurosas se asomaban á las puertas y balcones para presenciarlo. El rey sin embargo le recibió de toda etiqueta en el salon de embajadores, sentado en el trono y rodeado de los grandes y de la alta servidumbre. Hizose la petición en la forma y con la ceremonia acostumbrada, y el embajador se volvió en el mismo orden que había venido, muy satisfecho de la respuesta y de los obsequios con que le agasajaron los grandes y toda la corte.

(3) Lo que en cada una de ellas se trató puede verlo el curioso en la obra antes citada de la Historia especial de esta paz, y en las historias del reinado de Luis XIV, que nos han transmitido todos estos pormenores, y es la mayor prueba de la importancia que se dió á este famoso tratado.

Francia.—Mas afortunados los príncipes aliados de esta nación, se restituyó Vercelli al duque de Borgoña: Julliers al de Neubourg: al príncipe de Mónaco se le devolvían sus bienes confiscados y se libraba su estado de la guarnición española: el duque de Módena obtuvo tambien que se quitase el presidio español que teníamos en Correggio (1).

Dos príncipes quedaron excluidos de este tratado. El uno fué el hijo del destronado Cárlos I de Inglaterra, que á pesar de haber ido á Fuenterrabía cuando se celebraban las pláticas, no pudo conseguir interesar á ninguna de las potencias ni ser comprendido en el convenio. Mazarino no quiso verle, y don Luis de Haro le entretuvo con buenas palabras (2). El otro fué el rey de Portugal. Como condición precisa del tratado exigieron Felipe IV y su ministro al plenipotenciario francés que la Francia no hubiera de dar auxilios á Portugal; en este punto estuvieron inflexibles, y lo único que Mazarino alcanzó, fué que se diera una amnistía á los que hubieran tomado parte en aquella guerra y volvieran á Portugal; el rey de Castilla, al modo de lo que se había hecho en Cataluña. Quedó, pues, el Portugal abandonado á sí mismo en el protocolo de los Pirineos. No lo quedó tanto cuando llegó la ocasión de cumplirse (3).

Tal fué la famosa paz de los Pirineos, que puso término á la sangrienta y asoladora guerra de veinticinco años entre España y Francia. Paz deseada por todos, paz de que tenía España una necesidad ya imprescindible, pero de la cual, si recogió algun reposo, recogió tambien grande humillación y afrenta. Ella y todos sus aliados salieron tan desfavorecidos como aventajados quedaron Francia y los suyos. Cedimos las ciudades de mas importancia, y nos dejaron, ó las que menos valian, ó las que menos podíamos y menos nos interesaba conservar. No había equivalencia á la pérdida del Rosellon y

(1) Colección de tratados de Paz.—Corps Diplomatique.

(2) Este príncipe, que se hallaba refugiado en Flandes, y á quien los ingleses sus partidarios habían tratado ya de colocar en el trono de su padre despues de la muerte de Cromwel creía que uno de los primeros asuntos que se tratarían en las conferencias del Bidasoa seria el de Inglaterra, por el interés natural que tienen todos los monarcas en que la rebelion no triunfe de los tronos. Por eso fué allí, dispuesto á ofrecer cuanto pudiera á las dos coronas á trueque de que protegieran su causa en el tratado. Don Luis de Haro le recibió como á tal rey de Inglaterra, y aun le trató con la misma consideración y respeto que si fuera su propio soberano. Pero no pudo obtener audiencia de Mazarino, que se negó á ello con diferentes pretextos. Para interesar al ministro español y que fuera su mediador con el cardenal, ofreció quedar mandando en Flandes las tropas que dejaria el de Condé al servicio de España: mas ni así pudo conseguirlo, y el futuro rey de Inglaterra se volvió á Flandes, irritado con los desaires del ministro de Francia, y poco satisfecho de los estériles cumplimientos del español.

(3) Debemos decir algo del famoso duque Cárlos de Lorena. Este inconstante príncipe, alternativamente aliado y enemigo de españoles y franceses durante tantos años, había sido sacado de su prision de Toledo, y puesto en libertad durante las conferencias. Tan pronto como se vió libre se fué inmediatamente á Irun, y en su primera entrevista con don Luis de Haro le manifestó con toda franqueza, que él no había dado poderes ni procuración á nadie para que arreglaran sus negocios, y que mientras cuñera una espada y pudiera manejarla trataría de recobrar sus Estados, ó por lo menos de mantener su honra. Al día siguiente dijo cosas tan picantes y tan duras al de Haro, que el ministro estuvo ya á punto de arrestarle. Viendo el lorenés que no sacaba partido de ninguno de los dos plenipotenciarios, protestó contra el tratado de palabra y por escrito en lo que á él le pertenecía, y mas quejoso y resentido del gobierno español que del francés, determinó echarse en brazos de los de esta nación, como ya otras veces lo había hecho, y se fué á San Juan de Luz, donde le siguió el cardenal, y le hospedó y agasajó con todo género de atenciones. Desde allí partió para Paris y Aviñon, donde se hallaba el rey: tuvo sus pláticas con el marqués de Lionne, é hizo grandes ofrecimientos como aliado de la Francia: y aunque nada se concluyó por entonces, es lo cierto que mas adelante consiguió que por medio de un tratado con Francia le fueran restituidos todos sus Estados (28 de febrero, 1661), si bien por otro tratado posterior (6 de febrero, 1662), cedia aquellos mismos Estados despues de su muerte á S. M. Cristianísima. En esto paró aquel aventurero príncipe, tan célebre por su valor como por su inconstancia, por su carácter popular como por sus desarregladas costumbres, y que tanto influyó, como aliado y como enemigo, tan pronto de unos como de otros, en las guerras de Francia, de Alemania y de Flandes.—Hist. du Traité de la Paix.—Traité fait avec le duc Charles de Lorraine, feb. 1661, idem febrero, 1662.

su agregación para siempre á la Francia. Verdad es que no estábamos en situación de dar la ley, porque habíamos llegado á debilitarnos demasiado. Error fué, no del momento, sino de la política de todo el reinado de Felipe IV, ó mejor diremos, de la política de los dos funestos condes de Olivares, no haber aprovechado las muchas ocasiones que hubo para obtener una paz honrosa y útil, y no que aguardaron á que nuestra impotencia nos forzara á no poder resistir á las condiciones del que se había hecho mas fuerte. Pero aun así hay fundamentos para creer que otro negociador mas hábil que el marqués del Carpio habría podido sacar por lo menos otra repartición menos absurda, y que la ineptitud de aquel ministro, contrastando con la sagacidad de Mazarino, contribuyó no poco á dejarse envolver en las redes que este le iba mañosamente tendiendo. Y sin embargo, á don Luis de Haro, como si hubiera hecho el servicio mas considerable á la nación, se le dió el título de príncipe de la Paz (4).

Hecha y ratificada esta, y cumplidos los capítulos relativos á la distribución, se pensó en efectuar el matrimonio de los príncipes. Felipe IV partió de Madrid acompañando á su hija hasta la frontera (15 de abril, 1660). Don Luis de Haro, marqués del Carpio, representaba la persona de Luis XIV para los desposorios, los cuales se verificaron en San Sebastian (mayo, 1660). Hizose la entrega de la princesa á su marido en la raya de Francia, donde tambien concurrió la reina Ana de Austria su madre, hermana de Felipe IV. Viéronse, pues, allí los dos hermanos despues de tantos años de separación, y de tantos y tan desagradables sucesos como habían mediado, y en que ellos habían tenido, no la parte de hermanos, sino de dos irreconciliables enemigos. ¡Tanto suele prevalecer en los reyes el interés y la razón de estado sobre los afectos de la sangre y los lazos de familia! Separáronse luego las dos cortes en el Bidasoa (7 de junio), dejando consumado un matrimonio, que se concertó como prenda de paz, y que había de ser fuente inagotable de gravísimos acontecimientos para España, y el suceso que mas había de influir en el porvenir de esta nación (5).

El principal negociador del tratado, el cardenal de Mazarino, murió al poco tiempo (9 de marzo, 1661) y antes de realizarse el matrimonio, á los cincuenta y nueve años de su edad. Ministro astuto y disimulado, fecundo en recursos, flexible hasta donde calculaba convenirle, inalterable en la adversidad, ambicioso y despótico, fué un digno sucesor de Richelieu. Dicease que á su muerte dejó hasta ochocientos millones; fortuna fabulosa, bien que acosado, dicen, de remordimientos al fin de su vida, hizo donación de aquel pingüe caudal al rey, y como este no le aceptase, vino á parar á su sobrina la célebre Hortensia Mancini. En cuanto á España, acabó Mazarino la obra de destrucción que había comenzado Richelieu, y uno y otro nos fueron igualmente funestos. Fué desgracia nuestra que su muerte no se hubiera anticipado algunos meses (6).

(4) Los historiadores franceses hablan de don Luis de Haro como de un caballero franco, leal y cumplido, y ensalzan su talento y sus prendas de hombre político. El mismo Luis XIV hablaba de él con elogio, y manifestó en mas de una ocasión que tenía confianza en que el ministro español no le había de engañar. Y en efecto, el de Haro se condujo en toda la negociación con otra sinceridad y con otra generosidad que Mazarino. Estas virtudes del hombre pudieron ser muy provechosas á los franceses, y acaso por esto las encarecía tanto, pero á España le hubiera sido muy conveniente alguna mas astucia y doblez en el negociador, siquiera no hubiera sido tan elogiada la ingenuidad del caballero.—Véase la Historia del Tratado de 1659, y la del Reinado de Luis XIV, por Limiers.

(5) Viaje á Irun á la entrega de la infanta doña María Teresa de Austria: Biblioteca Nacional, sala de Manuscritos.

(6) Es curioso el siguiente paralelo que un historiador francés hace entre los dos cardenales ministros de Francia.

Así es, dice, como estos dos ministros han gobernado la monarquía con máximas de todo punto diferentes: el uno por la severidad y el terror, el otro por la dulzura y la tolerancia: el uno dando á todos los hombres de mérito, el otro no dando sino á los que temía. Richelieu, como francés, tuvo mas valor; Mazarino, como italiano y criado en la corte de Roma, tuvo mas flemas: Richelieu tenía mas elevación, Mazarino mas constancia: Richelieu era mejor amigo y mas peligroso enemigo; Mazarino amigo frío é ingrato, pero enemigo fácil de reconquistar. En fin Richelieu murió en la guerra, útil al designio que tenía de arruinar la casa de Austria, y Mazarino en la paz, su última y su mas gloriosa obra,